

Hace tres años que te despiertas conmigo, con esos buenos días olor a café. Días que compartimos; nosotros y los nuestros, los de siempre... y los de nunca antes.

Conjugar cada día el verbo “esforzarse”, rodeado de los buenos, “querer, disfrutar y alegrar”.

La rutina ahuyenta a la gente, mi rutina me seduce cada día, un círculo lleno de hechos que nos hacen y hacen disfrutar.

Tres años repletos de historias, de besos en los baños, de cien primeras citas y de solo un primer segundo beso.

Hacer del cada día un diferente día, contigo.

Recuerdo. Me cautivaste el primer día, me fascinaste el siguiente y, desde ese entonces me enamoras cada día, no más, sino mejor.

Tres años de amor y arte, porque amarte, implica arte. De escuchar tu nombre en bocas sonrientes.

Del ese último paquete de cigarrillos del mes y de esos whiskies con hielo a rimo de jazz. En silencio, preguntándonos con afonía ¿Cómo seguir llenos?

(...) Ver la solución, verte a ti. ¿Cómo? Compartiendo el afán y la ilusión.

Tres años renovándonos, pero sin cambiar lo esencial, nuestra esencia. Que lo que nos hace grandes es cuidar los pequeños detalles.

Tiempo de despedirnos de los vecinos del lado y saludar a los nuevos en menos de 24 horas. Son estos días, en los que apago la luz de madrugada y como si de fuegos artificiales se tratase, el anhelo de seguir contigo.

Hoy cenando, celebrando estos cambios de estación contigo, estas son las sensaciones que fluyen en mi corazón. Levanto la copa, y el amarillo pajizo se transforma en un amarillo bañado con reflejos dorados, y sin oír el “chin-chin”, brindo por nosotros, en silencio.

Salgo del restaurante y detrás de mí, se cierra la puerta. Otra madrugada. Pongo las manos en el bolsillo y saco las llaves. Me doy la vuelta, y con doble vuelta, cierro la puerta, como cada noche desde hace ya tres años.

Qué bien transcurre el tiempo cuando haces lo que te gusta y gusta lo que haces.